

nies caen en la desesperación y se suicidan, normalmente colgándose de un árbol. La víctima más joven que se conoce hasta el momento es Luciane Ortiz, una niña de nueve años.

### **Robo de recursos**

En la última generación, la exploración y explotación de recursos naturales se han convertido en una amenaza incluso mayor que la colonización. Habitualmente se trata de petróleo, minerales o madera, así como de la construcción de presas hidroeléctricas. A medida que crece el consumo mundial de bienes y energía a la par que crece la población y que las grandes corporaciones promueven una demanda incesante de cosas nuevas, el precio de dichas materias primas se ha multiplicado varias veces, lo que hace que sea cada vez más rentable explotar zonas más remotas: justamente los lugares donde los pueblos indígenas han sobrevivido.

Estos proyectos van desde importantes programas internacionales hasta los que promueven empresas locales e individuos que a menudo son pobres. Los planes más destructivos de las últimas décadas, todos ellos financiados por los contribuyentes del mundo industrializado, incluyen la represa Narmada en la India, los proyectos Polonoroeste y Carajás en Brasil, el oleoducto Chad-Camerún y el programa de transmigración de Indonesia que ya he descrito. Todos destruyeron comunidades indígenas y la mayoría fueron desastres medioambientales. Beneficiaron principalmente a las empresas constructoras, y a las autoridades que metieron la mano en la caja regis-

tradora desviando todo el dinero que pudieron. Se desconoce el costo total de estos cinco megaproyectos, pero con toda seguridad alcanzó varios miles de millones de dólares. El impacto real de estas catástrofes, —y no las fantasías difundidas por el Banco Mundial y los informes de los Gobiernos— ya se preveía con años de antelación y las organizaciones medioambientales y de derechos humanos, así como los propios pueblos indígenas, hicieron repetidos esfuerzos, en su mayoría sin éxito, para detenerlas.

La mina de cobre y oro más grande del mundo está situada en Papúa Occidental y para su explotación se destruyó una montaña sagrada de los amungmes. Las represas en Etiopía amenazan a tribus como la de los mursis, río abajo, quienes dependen de la crecida estacional que enriquece las riberas en tierras para pastos y cultivos. Una mina de diamantes está detrás de la expulsión de los bosquimanos ganas y gwis en Botsuana. En Brasil, los buscadores de oro introdujeron una especie de malaria especialmente peligrosa que mató al veinte por ciento de la población yanomami en tan solo unos años y que sigue siendo una amenaza mortal. La minería de oro y cobre en Filipinas, de uranio en Australia, de carbón y níquel en Estados Unidos y Canadá, constituyen todas ellas un grave problema desde hace décadas.

Prácticamente en todas partes la carrera por las riquezas del subsuelo se ha extendido a zonas que antes se consideraban seguras. En ningún lugar es esto más destructivo que en la Amazonia ecuatoriana y peruana, pero a medida que avanza la destrucción, avanza tam-

bién la oposición a esos proyectos. El gigante petrolero estadounidense Chevron enfrentó una demanda de miles de millones de dólares por daños y perjuicios que presentaron indígenas ecuatorianos ante los tribunales de Nueva York. En un intento por salvar sus tierras, en 2009, los indígenas amazónicos bloquearon carreteras y ríos en Perú durante algunas semanas. Fueron atacados por fuerzas gubernamentales, lo que provocó la muerte de varios policías que fueron tomados como rehenes por los indígenas. No había habido un levantamiento igual desde hacía generaciones. En la revuelta indígena de 1742 en Perú, las autoridades caracterizaron a los indígenas que trataban de proteger sus tierras como “salvajes”. Lo mismo dijeron en 2009.

### **Capitalismo, comunismo, globalización**

A veces se dice que la raíz de todos estos problemas es el capitalismo de mercado, pero no es menos cierto que tanto la Rusia soviética como la China comunista han destruido sus pueblos indígenas de una manera tan devastadora como cualquier otro país. Lo han hecho, principalmente, a través de la extracción de madera y petróleo y la “colectivización” de los rebaños de renos en Siberia, y de la histeria de la “revolución cultural” china en los años 1960 que impuso el maoísmo con la brutalidad de una cruzada medieval. También se asegura a menudo que los recientes proyectos de “desarrollo” constituyen una nueva forma de “globalización” destructiva, aunque esto, de hecho, ocurre desde hace siglos.

Para ilustrar este hecho me remito al desastre que provocó la “fiebre” del caucho de fines del siglo XIX.